

por una firmeza extraordinaria. Habia tenido en la pila bautismal al apóstata Elpidiforo, que se habia manifestado el mas ardiente de los perseguidores, antes que los católicos partiesen para el destierro. Muritta entonces sacó de repente los lienzos con que habia cubierto á Elpidiforo al salir de la pila, y que tenia ocultos bajo sus vestidos, y habiéndolos desplegado ante todos dijo al apóstata que estaba sentado como su juez: «hé aquí el vestido nupcial que te acusará en el tribunal del Supremo Hacedor, y hará seas precipitado sin esperanza en el pozo ardiente del abismo; tú llorarás, infeliz, mas ya no será tiempo, la falta de este preservativo sagrado de que te despojaste á ti mismo para revestirte de una ropa maldita é ignominiosa.» Elpidiforo quedó pálido en su tribunal sin osar dar contestacion (1). A obscuri...
 Empero ningun objeto de edificacion fué mas tierno que el de doce niños de coro señalados entre los demas por sus hermosas voces, los cuales seguian á los confesores en su destierro (2). Hizolos estimar de los arrianos su ingenio, y corrieron en pos de ellos para retenerlos; mas estos generosos niños no querian dejar á sus santos maestros: asíanse de sus vestidos, sufrían crueles palos, y no hacian caso de las espadas desnudas con que los amenazaban los clérigos y obispos arrianos: ministros de sangre y terror que siempre andaban armados, y mas se asemejaban á soldados y verdugos que á sacerdotes del Señor. Por último, los separaron por fuerza y los volvieron á Cartago; pero jamás pudieron seducir á ninguno de ellos con todos los halagos y malos tratamientos de que alternativamente se valian los bárbaros. Eran el consuelo y la gloria de Africa aun mucho tiempo despues de la

(1) Vict. VII. lib. 5, num 9.

(2) Id. ibid. num. 10.

persecucion, viviendo y comiendo juntos en Cartago y cantando las alabanzas de Dios. Toda la provincia veneraba á estos doce confesores como otros tantos Apóstoles.

Entre los obispos que fueron confinados en esta persecucion hizose célebre por sus escritos Vigilio de Tapso. El temor de irritar el odio de los perseguidores, reunido al deseo de dar mayor circulacion á sus libros, le movió á ocultar su nombre y tomar los de los Padres mas célebres como San Atanasio y San Agustin, lo que podia aventurar entre unos bárbaros tan ignorantes como los vándalos. Con razon le atribuyen el simbolo que aun conserva el nombre de San Atanasio; y aunque él mismo advierte en muchos pasages de sus escritos que hace hablar á los hombres mas grandes para dar mayor peso á la verdad; sin embargo, este piadoso engaño no dejó de tener perniciosos efectos. Ademas de la confusion que ocasionó en las obras de muchos Padres, parece haber autorizado á los novadores para esparcir sus invenciones á favor de los nombres mas respetables. Vigilio pasó despues á Constantinopla, donde hallándose en libertad, escribió á rostro descubierto contra la heresia de Eutiques: y es la única obra de este obispo africano que lleva su nombre.

Propagóse la persecucion en Africa desde el clero al pueblo. Antes que llevasen los obispos al destierro, ya habia mandado Hunerico en toda la estension de sus dominios que no se perdonase á ninguno, de los que resistiesen sus órdenes impías, de qualquiera edad, sexo ó condicion que fuesen. Algunos de esta multitud innumerable, con la cual no se observó formalidad juridica alguna, fueron ahorcados, otros entregados á las llamas, y apaleados otros y en crecido número: desnudaban vergonzosamente á las mugeres, y con preferencia á las mas distinguidas, para atormentarlas de la manera

que les era mas sensible. No eran ya aquellos obscenos y licenciosos africanos, cuya corrupcion causaba horror á los vándalos que los subyugaron, porque los castigos celestiales los habian convertido en hombres del todo nuevos, en puros y perfectos cristianos.

Una señora muy distinguida y de una rara hermosura, llamada Dionisia, á quien el pudor era mucho mas apreciable que la existencia, dijo á los perseguidores: «hacedme sufrir cuantos tormentos querais; únicamente os suplico que me libreis de la ignominia de la desnudez.» Esto bastó para que la trataran con mayor indignidad que á las otras, levantándola en alto para que sirviese de espectáculo á todos; pero Dionisia armándose de toda la resolucion que puede dictar la buena conciencia, les dijo: «ministros del infierno, lo que haceis para confusion mia, me servirá de gloria, pues la sufro contra mi voluntad;» y sin atender al estado en que estaba, ni á los arroyos de sangre que corrian por todos sus miembros desnudos, exhortó á los demas mártires á despreciar unos dolores á los cuales ella se manifestaba insensible. Tenia un hijo tierno aún, llamado Mayorico, que le pareció estar tan consternado como enternecido, y le animó tanto con sus palabras y ejemplos, que consumió fielmente su martirio. Su santa madre entonces, á quien los perseguidores dejaron una vida menos apetecible que la muerte, dió gracias á Dios, abrazando el cuerpo de su hijo con mucha mas ternura que si estuviera vivo, y le enterró en su casa para orar continuamente sobre su tumba. Por sus exhortaciones sufrieron una muerte acompañada de crueles tormentos otras muchas personas así de su familia como estrañas á ella.

Háse conservado tambien la memoria de otra heroina llamada Dagila, muger de un copero del rey, y que habia ya confesa-

do la fé muchas veces en el reinado anterior. No era menos delicada que Dionisia; sin embargo, despues de haber padecido los azotes y palos, fué confinada á un sitio árido y desierto, donde no podia recibir auxilio humano; mas dejando alegre por tan buena causa sus hijos, su esposo y todo cuanto mas apreciaba, su fé la encumbró tanto sobre su debilidad natural, que rehusó hasta la oferta que la hicieron de trasladarla á un parage menos incómodo.

Victoriano, gobernador de Cartago, el hombre mas afortunado de Africa y que gozaba de la mayor confianza del rey, sacrificó todas estas ventajas á la Religion. A los que le instaban de parte del príncipe á que se rebautizase, les contestó lo siguiente: «en la Iglesia católica es donde fui regenerado para la vida eterna; mas aun cuando no estuviera seguro de una recompensa tan grande como la que espero despues de esta vida, no quisiera ser ingrato al Criador que me ha hecho conocer cuánto debo á su infinita bondad.» Hizole sufrir el rey largos y muy crueles tormentos, sin que nunca se le pudiese privar de la menor parte de su corona.

Servancio, hombre ilustre de la ciudad de Suburba, despues de haber sido terriblemente apaleado, sufrió mil invenciones de una crueldad inaudita. Alzábanle en el aire con poleas, dejábanle despues caer de un golpe para que diese con todo su peso en tierra, y se reiteró mucho tiempo esta maniobra á imitacion de la del ariete. Como aun respiraba, se le arrastró por caminos ásperos, y hasta que exhaló el postrer aliento le despedazaron las carnes con piedras puntiagudas, de modo que la piel le colgaba horriblemente por los costados y el vientre.

En Tambaida rogaron dos hermanos á los verdugos que los atormentasen juntos: suspendieronlos durante un dia entero con

gruesas piedras á los pies, y uno de ellos desmayó; pero el otro exclamó: «¿Cómo? hermano mio, ¿es eso lo que acabas de jurar conmigo á Jesucristo? Sí, yo seré testigo contra tí mismo, y dentro de pocos momentos yo te acusaré en el terrible tribunal.» Volviéronle estas palabras su primer valor, y de nuevo principiaron á atormentarlos con mayor encarnizamiento. Les aplicaron por mucho tiempo planchas ardiendo, y despedazaron cada uno de sus miembros con uñas de hierro; pero un momento despues no se veia en ellos vestigio alguno de las torturas. Por fin, cansados los verdugos, los arrojaron diciendo: «¿de qué sirven nuestros esfuerzos? Lejos de convertirse á nuestra religion, todos envidian la suerte de los que la reprueban.»

Fué tan general el celo de la verdadera fé en la Mauritania Cesariense, que casi todos los moradores de Tipaso se pasaron á España, confinándose por su propia voluntad, antes que permanecer en una iglesia donde los arrianos acababan de establecer uno de sus obispos. Los pocos que quedaron, por la imposibilidad de hacerse á la vela, resistieron generosamente á todas las instancias. El rey envió por esto un conde con orden de cortarles á todos la lengua y la mano derecha; mas aunque se les cortó la lengua hasta la raiz siguieron hablando, y dieron á la virtud del Altísimo un testimonio tanto mas glorioso, cuanto nada debia á la naturaleza. Muchos de estos admirables confesores pasaron á Constantinopla, donde recibieron la acogida de que eran dignos; otros se esparcieron por varias provincias, llevando á todas partes esta prueba permanente del poder divino de Jesucristo, de modo que jamás se habia visto un prodigio mejor testificado. «Si alguno tiene dificultad en creerlo, decia en el mismo tiempo del suceso el historiador Victor

de Vite (1), vaya á la nueva Roma; allí verá al subdiácono Reparato hablar de un modo espedito, fácil y perfectamente articulado, aunque tiene la lengua arrancada;» y el filósofo Eneas de Gaza añade (2): «aun debe admirarnos mas el que Reparato y otros muchos que conocí existan todavía despues de esta bárbara ejecucion, que el que sigan hablando.» Aseguran el mismo hecho el historiador Procopio y el conde Marcelino, como testigos de vista (3). Justiniano, en una constitucion imperial dirigida despues al Africa, testifica haber visto los mismos prodigios en algunos de estos confesores que vivian todavía en su tiempo (4).

De una manera casi no menos notable padecieron siete monges del territorio de Capsa. Mirábase en la secta como un gran triunfo atraer monges á ella, por lo que se mandó á estos se presentasen en Cartago, donde se les tentó con todo lo mas seductor, hasta prometerles el primer grado de favor con el monarca. Perseveraron inflexibles, y por eso todos los ofrecimientos tornáronse furios. Despues de haberles hecho padecer largos y hasta entonces inauditos tormentos mandó Hunerico llenar de leña seca un navío y atar en él á los mártires, con orden de conducirlos á alta mar y prender fuego al barco. Todo se ejecutó así; pero el fuego se apagó al punto, y por mas esfuerzos que hicieron no pudieron volver á encenderle. Confuso el rey, mandó romperles las cabezas con golpes de remos, y echar sus cuerpos al agua, que en la misma hora y contra su curso ordinario los llevó hácia la orilla. Transportólos el pueblo con la mayor veneracion á la ciudad, entonando cánticos,

(1) Vict. Vit. lib. 5, núm. 6.

(2) Dialog. de Resurrect.

(3) Procop. de bello Wandal. cap. 8.

(4) Lib. 1, Cod. de off. PP. Afric.

y despues se les dió una sepultura honorífica.

No es dable pintar todos los géneros de tormentos, ni contar todos los mártires y confesores de la persecucion de Hunerico, de cuya crueldad se veian vestigios mucho tiempo despues de todas estas ejecuciones. Encontrábanse por do quiera personas con las orejas ó la nariz cortadas y los ojos arrancados: á otros les fallaban los pies ó las manos; otros en número mucho mayor tenian todo el cuerpo contrahecho, dislocadas las espaldas de un modo monstruoso, y mas altas que la cabeza, lo que dimanaba de un juego bárbaro, que parece haber sido muy del gusto de estos enemigos de la humanidad. Colgaban á los confesores con unas cuerdas atadas á los techos de las casas, y se divertian en moverlos en el aire, dando algunas veces contra la pared, donde se estrellaban la cabeza y los otros miembros. Nadie se libraba de estos tormentos: los romanos, los africanos, y hasta los mismos vándalos, si profesaban la verdadera fé, eran condenados á ellos. El menor castigo era el destierro, multas exorbitantes con incapacidad de hacer ó recibir donacion alguna, la privacion de oficios, aun respecto de los dependientes mismos de la casa del rey y respecto de los grandes mas ilustres de la nacion. En vano el Papa Felix escribió á Zenon para interesarle en la triste suerte de los fieles del Africa; en vano este emperador envió al intento una embajada honrosa al feroz vándalo. Para insultar el tirano á un mismo tiempo al imperio y á la Religion, hizo guarnecer de verdugos las calles por donde el embajador debia pasar; mas en defecto de los príncipes de la tierra, vengó el cielo las injurias de sus siervos.

Una larga y estremada sequedad, seguida del hambre y despues de la peste, asoló todas las provincias de Africa que obedecian Hunerico. Por fin, el año 485, despues de

un reinado de siete años y diez meses, murió de una enfermedad de corrupcion, hormigueando su cuerpo en gusanos y cayéndosele á pedazos (1). No tuvo ni aun el consuelo de dejar el trono á su posteridad, y eso que con este objeto habia vertido tanta sangre ilustre; su sobrino Guntamundo le sucedió é hizo cesar la persecucion.

Queriendo el Gefe de la Iglesia universal curar las llagas de la de Africa, reunió al efecto un Concilio que se componia de cuarenta obispos italianos, cuatro africanos y setenta y seis presbíteros, que los sucesores de los Apóstoles por una concesion especial asociaron á su funcion de jueces. Sin embargo del gran número de católicos que sufrieron con tanto valor y edificacion, habia con todo muchos que se dejaron rebautizar, aun entre los presbíteros y los obispos. Para reparar sus faltas impusieronseles las reglas que siguen (2): «Los obispos, los presbíteros y los diáconos harán penitencia toda su vida, y solo en la muerte recibirán la comunión laical. Los demás fieles, los clérigos inferiores, religiosos ó seculares, harán, segun los cánones de Nicea, doce años de penitencia; mas si antes de terminarse este tiempo estuvieren en peligro de muerte, no dejarán de recibir la absolucion. Los impúberes estarán algun tiempo bajo la imposicion de las manos, esto es, en la humillacion de la penitencia: despues de lo cual se les volverá á la comunión, para que la debilidad de su edad no les haga caer en nuevos deslices en el tiempo de una probacion demasiado larga. Si entretanto recibiesen demasiado pronto la absolucion con motivo, por ejemplo, de una enfermedad peligrosa, cuando recuperen la salud, no comunicarán con los fieles sino en la oracion, hasta que se cumpla el tiempo anteriormente fijado

(1) Vict. Vit. lib. 5, núm. 21.

(2) Ynn. 4, Concilior. pag. 1074.

á su penitencia. Los clérigos inferiores ó los legos rebautizados por solo temor harán tres años de penitencia; pero jamás será admitido ninguno de ellos al ministerio eclesiástico, ni generalmente los que hayan sido bautizados fuera de la Iglesia; y esto deberá entenderse en los casos en que el temor no excluyó todo grado de voluntad y en los cuales hay siempre alguna falta espontánea. Tales son los principales reglamentos formados en este Concilio; y despues añade que en cuanto á los casos extraordinarios imprevistos se consultará á la Santa Sede.

El Papa Felix tuvo tambien el consuelo de ver al fin que los asuntos de la Iglesia tomaban mejor giro en Constantinopla por muerte del patriarca, que despues de diez y siete años de episcopado fué á dar cuenta á Dios asi de su funesta propension á dominar en el clero y á estender su jurisdiccion imperiosa mas allá de las normas y limites mas sagrados, como de sus malhadados artificios en complacer á las potestades terrenas por todos los medios que podian conducirlo á su fin, sin perdonar la fé ni la constitucion fundamental de la unidad de la Iglesia. Negóse á ascender á su Silla el presbítero Flavita, su sucesor inmediato, aunque católico equívoco ó muy vacilante, sin dar parte al Sumo Pontífice, pero al propio tiempo envió sus cartas sinodales al falso patriarca de Alejandria Pedro Mongo. Causando en Roma una justa zozobra esta condescendencia tan escandalosa, libró Dios á su Iglesia de este cobarde disimulador. Flavita murió de repente á los cuatro meses de episcopado, y le sucedió el presbítero Eufemio, católico no tan solo declarado, sino muy ilustrado y virtuoso.

Al punto se apartó de la comunión del patriarca herege de Alejandria, y hubiera llevado las cosas mas adelante si no hubiese muerto de allí á poco. Esta desgraciada iglesia tuvo aun despues de Pedro Mongo

otro pastor herege llamado Atanasio; y lo mismo sucedió en la Silla de Antioquia, que habiendo vacado poco antes por la muerte de Pedro Fulon, fué ocupada por Paladio, herege como su predecesor.

Igual suerte le cupo al imperio mudando de soberano; pues á Zenon reemplazó Anastasio que no era mejor que él. Cuentan varios autores circunstancias horribles de la muerte de Zenon (1). Con todos los demas vicios tenia el de embriagarse, y un dia que le llevaron privado de los sentidos por un esceso de embriaguez, segun unos, y segun otros por un ataque de epilepsia á que tambien estaba sujeto, su muger Ariadna, que no podia sufrirle, hizo correr la voz de que estaba muerto, y le mandó sepultar vivo. Despertó en la sepultura, y aunque diera horribles voces, nadie quiso oírle; y murió como rabioso despues de comerse los brazos. La emperatriz reunió al momento el senado, é hizo proclamar á Anastasio, que era comandante de ciertas guardias destinadas á hacer guardar silencio en palacio; mas no era ni aun senador. Asi ascendió al imperio el silencioso Anastasio por los años de 491, el cual ocupó veintisiete años, aunque tenia sesenta cuando fué elegido. Inmediatamente despues de su eleccion se casó con él la emperatriz.

Reunia todas las exterioridades de una eminente piedad, hacia crecidas limosnas, ayunaba frecuentemente, acostumbraba á asistir á la iglesia antes de amanecer y se quedaba en ella hasta concluir los oficios; mas era de una raza muy sospechosa en materia de fé, y le tenian por hombre de mala creencia. El patriarca Eufemio se opuso por este motivo fuertemente á su eleccion, y no consintió en coronarle hasta haber exigido de él por escrito una confesion de fé clara y exacta, con promesa de no al-

(1) Pasch.; Marc.; Vict. *Chronie.* qd ann. 491.

terar la menor cosa en la Religion. Preciábase Anastasio de no innovar y de amar la paz, prefiriéndola á todo; y efectivamente dejó las iglesias como las encontró, á lo menos al principio de su reinado en que parecia no estar muy asegurado: cada obispo hacia el uso que queria del Concilio de Calcedonia, recibíndole unos, condenándole otros, y quedando otros en una especie de neutralidad: lo que quizás llenó la Iglesia de mas divisiones que las que hubiese ocasionado el gobierno de un perseguidor.

Dos santos solitarios llamados Sabas y Teodosio, ambos naturales de Capadocia, fueron los mas firmes apoyos de la fé en este nuevo género de riesgo que corrió por todo el Oriente (1). El primero habia entrado á los ocho años de edad en un monasterio próximo á Cesarea, donde prevenido por las mas abundantes gracias, escedió pronto en virtud y sobre todo en humildad y obediencia á los viejos mas adelantados. A los diez y ocho años tuvo inspiracion de retirarse á los desiertos de Palestina, y se lo permitió su abad. San Eutimio, en cuyas manos cayó, quiso aun probarle á causa de su juventud antes de otorgarle abrazar la vida de anacoreta. A los treinta años le dejó vivir solo en una caverna cinco dias á la semana, en los cuales el fervoroso anacoreta no tomaba el menor alimento. Al salir del monasterio el domingo por la tarde, para volver el sábado, no llevaba otra cosa que unas hojas de palma con que hacer cestas.

Sabas, al ver que se relajaba la observancia religiosa despues de la muerte de San Eutimio, se retiró al gran desierto de Oriente de donde por revelacion volvió algunos años despues para situarse en una caverna junta al torrente de Cedron. Dios no quiso que esta luz estuviese mas largo tiempo oculta y sin servir á los demas: al

(1) *Monum. graec.* pag. 222, num. 3 et seq.

punto le acudieron discipulos de todas partes, de modo que se vió en breve elevado al frente de una comunidad de setenta personas, muchos de los cuales multiplicando por su parte estos frutos de salvacion fundaron nuevos monasterios. Edificó un oratorio con un altar y exhortó á los presbíteros de las cercanias á que fuesen á ofrecer allí el santo sacrificio, porque su humildad no le permitia recibir los sagrados órdenes. Mas el patriarca de Jerusalem, Salustio, sucesor de Martirio, habiéndole llamado con otro pretesto, le hizo consentir en que recibiese el sacerdocio; despues de lo cual pasó al monasterio para consagrar la iglesia é instituir abad á Sabas con una solemnidad capaz de inspirar respeto á sus monges, algunos de los cuales poco dignos de tal superior, tenian á deshonra la simplicidad de sus costumbres y modales.

Mas el santo hombre sabia perfectamente reunir con la sencillez del Evangelio los recursos de la esperiencia y de la prudencia. No se ocultaba á sus luces nada de cuanto pertenecia, no tan solo á la disciplina regular, sino tambien á la ciencia de la Religion y á los intereses de la fé. Unos armenios, que habian venido á ponerse bajo de su direccion, entonaban el trisagio en su lengua con la adiccion de Pedro Fulon, y Sabas les obligó á cantar en griego y con los términos usados por los antiguos Padres. No obstante, como no entendian la lengua griega, les permitió que celebrasen separadamente en la suya la primera parte de la misa que se dirige á la instruccion, con tal de que despues de la lectura del Evangelio se reuniesen á los demas para el sacrificio. Asi como le habian á él probado con cuidado antes de permitirle vivir solo, no dejaba tampoco que habitase ninguno en las celdas dispersas de la laura, sino despues de las mas rigurosas pruebas. Para los principiantes tenia una pequeña comunidad, donde